

## Una cierta incertidumbre

Decía William Osler que la medicina es la ciencia de la incertidumbre y el arte de la probabilidad. A pesar de todo el impulso tecnológico que ha habido en los últimos 40 años, esta frase no deja de tener vigencia.

Nada en medicina nos libra de la incertidumbre; ahora bien, asumiendo esto, ¿se pueden tomar decisiones correctas en condiciones de incertidumbre?

La respuesta es sí; las teorías de la decisión racional apoyan esta afirmación. Una diversidad de decisiones se toman en condiciones de incertidumbre, entre ellas las decisiones económicas. Buscar la certeza última haría que nos paralizáramos; en cambio, el manejo racional de la incertidumbre hace que se puedan tomar decisiones correctas en un escenario incierto. Las decisiones médicas no escapan a esta realidad. No existen métodos de diagnóstico o terapéuticos que tengan el 100% de sensibilidad y el 100% de especificidad, lo que quiere decir que siempre hay un espacio de duda, ya sea porque los métodos no son perfectos o por las particularidades de cada paciente.

La explosión tecnológica, en un sentido, ha sido una especie de espejismo. Si bien redujo la brecha de incertidumbre no lo ha logrado totalmente y, además, aumentó la oferta de alternativas disponibles para cada situación, por lo que la medicina sigue teniendo que actuar en esas condiciones inciertas debiendo manejar más opciones frente a cada paciente. Han sido diversas las soluciones propuestas para manejar la incertidumbre; una de ellas es la medicina basada en la evidencia, que pretende utilizar racionalmente los mejores datos disponibles en el momento de la atención del paciente. Otra sería la toma de decisiones centrada en el paciente: desde el punto de vista ético parece evidente que debería ser así, pero desde el lado práctico de la cuestión hemos ejercido una medicina “para el paciente pero sin contar con el paciente”. Varios fueron los argumentos esgrimidos: paternalismo, falta de tiempo, falta de comprensión por parte de los pacientes, y un largo etcétera.

Ahora bien, repensando la relación médico-paciente, hay muchas razones para contar con su participación activa en esa relación: la más fuerte es que quien puede aportar sus preferencias y valores es el paciente.

En los tiempos que corren, inciertos y conflictivos, vale repensar la situación por muchas razones, tanto éticas –el paciente tiene derecho a estar informado y a tomar decisiones de acuerdo con sus preferencias y valores– como por las consecuencias que surgen de un paciente que participa en su tratamiento: mayor adherencia y menor conflictividad.

*Dra. Rosa Angelina Pace*  
Centro de Bioética  
Hospital Italiano de Buenos Aires